

El Destino Manifiesto de los EE.UU. y su continuidad hasta la Segunda Guerra Mundial

Por Arnold August, octubre de 2011

La Doctrina Monroe (preconizada en 1823) fue observada por poco más de un siglo en forma similar a través del Destino Manifiesto (iniciado en la década de 1840) del cual derivó el Corolario a la Doctrina Monroe que sirve de pretexto al presidente Taft para expandirse en toda América Latina y el Caribe «en virtud de nuestra superioridad de raza».¹ Así, Woodrow Wilson, ante la Revolución de Octubre en Rusia, propone «garantizar la seguridad en el mundo en favor de la democracia». Tras ello, surge la siguiente orientación; la política del Buen Vecino, iniciativa de Franklin D. Roosevelt. A medida en que nos acercamos a la Segunda Guerra Mundial, cabe notar el apoyo inicial de los EE.UU. al fascismo. Por ejemplo, el embajador Henry Fletcher (embajador de los EE.UU. en Italia durante el período 1924-1929) expresó la opinión a continuación que hubo de guiar la política de los EE.UU. no sólo respecto de Italia sino también de otros países y por largo tiempo: «Italia tuvo que enfrentarse a una cruda realidad, la de elegir entre [...] Mussolini y el Fascismo o entre Giolitti [personalidad política del Partido Progresista italiano] y el socialismo». Este respaldo al fascismo cuando menos fue «aceptable», si no bien fue «endosado integralmente», hasta que Alemania e Italia rebatieran los intereses de los Estados Unidos y del Reino Unido.² Cuando finalmente el gobierno de los EE.UU. tomó parte en la Segunda Guerra Mundial al lado de sus aliados, Franklin D. Roosevelt expresó la ambición de que el país desempeñara el papel del «gran arsenal de la democracia».³ Esto serviría para instrumentar la política de los EE.UU. después de la guerra.

Los antecedentes antedichos y sus expresiones sucesivas se convirtieron en el hilo conductor de la política extranjera de los EE.UU., aun cuando los partidos políticos cambiaran en la Casa Blanca. Dada su importancia, convendría examinarlos con mayor atención. Esta evolución es esencial para comprender un rasgo importante sobre la manera en que funciona la democracia en los Estados Unidos.

La Doctrina Monroe sirvió de inspiración durante buena parte del siglo XIX. También recibió el respaldo de la doctrina del Destino Manifiesto elaborada por el periodista neoyorkino, John L. Sullivan y utilizada por los demócratas para apoyar su plan de anexión de Texas. Los términos «destino» (inexorable) y «manifiesto» (patente) nos hacen recordar el apoyo religioso que

alentó a los primeros peregrinos-puritanos a expandirse y a creer que eran un pueblo elegido. Sullivan fue el primero en abordar el tema en un artículo de 1939 donde se refiere a los EE.UU. como pueblo «destinado a manifestar a la humanidad la excelencia de los designios del cielo [...]. Somos una nación de progreso, de libertad individual».⁴ Sullivan fue más explícito en 1845 cuando escribió para oponerse a los políticos que repudiaban la anexión de Texas, refiriéndose a ellos como los que «limitan nuestra grandeza e impiden el cumplimiento de nuestro destino manifiesto de extendernos por todo el continente, el cual nos ha asignado la Providencia para plasmar el gran experimento de libertad y desarrollo de los nuestros que se multiplican por millones anualmente».⁵

El final de ese siglo fue testigo de la intervención de 1898 de los EE.UU. en la Guerra de Independencia de Cuba. El siglo XX no logró atenuar el afán de civilizar no sólo a los pueblos indígenas en su propio territorio, sino también a otros en territorios de América Latina. Lo que se conoce como Corolario a la Doctrina Monroe, el derecho de intervenir militarmente, fue anunciado por el presidente Theodore Roosevelt en su mensaje anual al Congreso del 6 de diciembre de 1904, en el cual indica que

el progreso de los indios [los pueblos indígenas de los EE.UU.] hacia la civilización, aunque no rápido, representa quizás todo lo que se podía esperar hacer en las circunstancias[...] [y refiriéndose a América Latina], un mal crónico o incapacidad que resulta en el deterioro general de los lazos de una sociedad civilizada, a la postre podría requerir la intervención de una nación civilizada en América así como en cualquier otra parte y [...] podría forzar a los Estados Unidos, aun sea renuientemente [...] a ejercer un poder policial internacional [...] [y postulando la intervención de los EE.UU. en Cuba como ejemplo constructivo, Roosevelt continúa:] Si cada uno de los países bañados por el mar Caribe mostrara el mismo progreso dentro de una civilización estable y justa que, con el auxilio de la Enmienda Platt, ha mostrado Cuba desde que nuestras tropas abandonaron la isla [...] llegaría a su fin toda cuestión de interferencia por esta Nación en los asuntos de ellos. [Y aludiendo a las Filipinas añade:] Creo firmemente que podemos ayudarles a elevarse cada vez más en la escala de la civilización y del autogobierno [...] y permitirles encontrarse, si no del todo solos, por ahora vinculados con los Estados Unidos en el tipo de relación en que Cuba se encuentra en la actualidad.⁶

El presidente Taft confirmó las pretensiones de los EE.UU. en relación con América Latina, cuando en 1912 dijo, basándose de nuevo en las nociones de superioridad racial de pueblo elegido:

No está distante el día en que tres estrellas y tres franjas equidistantes delimiten nuestro territorio: una en el Polo Norte, otra en el Canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. De hecho, toda América será nuestra en virtud de nuestra superioridad de raza, como nuestra es ya moralmente.⁷

Para reconocer la continuación de la perspectiva antedicha que se reproduce posteriormente en dos políticas presidenciales que desempeñaron un papel protagonista en materia de política internacional de los EE.UU., la de Woodrow Wilson (1913-1921) y la de Franklin D. Roosevelt (1933-1945), uno debe tomar en cuenta el acontecimiento que configura el siglo: la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia. Rusia se había sublevado. Sin embargo, el Occidente civilizado no percibe el movimiento revolucionario ruso como fuente legítima de ideas y políticas. «Hasta la Primera Guerra Mundial, para Occidente Rusia continuó siendo el pariente decrépito y “tercermundista” de Europa, que a la vez cumplía con su función normal de suministrar recursos, mercados y oportunidades de inversión.»⁸ Para seguir con la infame observación de Taft sobre lo que llamara «nuestra superioridad de raza», ésta crece con Wilson que consideraba a los filipinos como «menores bajo tutela que deben obedecer». Por lo que no sorprende que Wilson (que también percibiera a los italianos «como niños» que debían ser guiados y auxiliados) y que otros presidentes posteriores de los EE.UU. prestaran ayuda al fascismo de Mussolini para aplastar el movimiento progresista en Italia. Por ejemplo, Franklin D. Roosevelt hablaba de Mussolini refiriéndose a él en términos de «ese caballero italiano admirable». De hecho, los círculos de negocios de Europa y los EE.UU. invertían con interés en las prósperas industrias de armamento de Italia y Alemania –bases del fascismo que condujera a la guerra. Durante ese período, en los Estados Unidos y el Reino Unido se consideraba la aparición del fascismo como algo favorable, no sólo por las oportunidades de inversión económica que brindaba a Occidente sino también porque el fascismo amortiguaba los movimientos izquierdistas, progresistas y sociales en Alemania, en Italia y en sus propios países.

La alusión de O'Sullivan sobre los principios de la democracia («progreso y libertades individuales») como fundamento del Destino Manifiesto de los EE.UU., citado anteriormente, fue acentuada y pronunciada en forma más categórica por el presidente Woodrow Wilson cuando anunció la participación de los EE.UU. en la Primera Guerra Mundial, con el argumento de «garantizar la seguridad en el mundo en favor de la democracia».⁹ El 7 de diciembre de 1920, después de terminada la Primera Guerra Mundial, Wilson declaró en el contexto de su mensaje anual al Congreso¹⁰ (énfasis añadido)

Esta es la misión por la cual la Democracia vino al mundo. [...] este es un tiempo en el que la Democracia debe demostrar su pureza y su poder espiritual para prevalecer. Es sin duda el *destino manifiesto* de los Estados Unidos realizar el esfuerzo para hacer que este espíritu prevalezca [...] EE.UU. es necesariamente el ejemplo de la democracia en el mundo, y el triunfo de la democracia depende del éxito que tenga.

La «Política del Buen Vecino» surgió cerca de 1933 cuando Franklin D. Roosevelt intentaba salvar la reputación vacilante de los EE.UU. –tras sus intervenciones metódicas y repetitivas en América Latina– así como salir de la crisis económica nacional. En su discurso inaugural de nuevo presidente, pronunciado el 4 de marzo de 1933, declaró que se oponía a «las personas sin escrúpulos que especulan con el dinero», a «las ganancias efímeras» y a «los caudales como norma para obtener el éxito», asimismo habló en favor de la necesidad de «poner al pueblo a trabajar»¹¹ y añadió:

En el ámbito de la política mundial quiero comprometer a la Nación a la Política del Buen Vecino –un vecino que se respeta a sí mismo con firmeza, y por hacerlo, respeta los derechos de los demás– un vecino que respeta su obligación y respeta el carácter inviolable de sus acuerdos.

Puede resultar útil al lector guardar en mente –para efectos de evaluar la exportación actual del tipo de democracia estadounidense bajo el disfraz de un pretexto benévolo u otro– el acontecimiento descrito a continuación que ocurrió en Nicaragua en 1935 al momento en que instrumentaba la Política del Buen Vecino. Augusto Sandino fue un nicaragüense revolucionario que

condujo la revuelta contra la ocupación militar de los EE.UU. en Nicaragua entre 1927 y 1933. En respuesta a la Política del Buen Vecino y las protestas de las masas en las calles de los EE.UU. contra la presencia de su país en Nicaragua (el tipo de acontecimientos que dieran pie a la Política del Buen Vecino), los cuerpos de infantería marina acabaron por salirse del país en enero de 1933, en un momento en que buena parte del país estaba controlada por las guerrillas de Sandino. La Guardia Nacional fue entregada a Somoza, cercano al embajador Arthur Bliss Lane, quien negociara entre Somoza y Sandino, asegurando a este último que Somoza no tomaría represalias contra Sandino. Sin embargo, después de una conversación sostenida con el embajador Lane, el 21 de febrero de 1934, Somoza ordenó a sus tropas capturar a Sandino y ejecutarlo ese mismo día. Tras lo cual, durante semanas, se capturó y ejecutó a varios cabecillas sandinistas, así como a varios productores de cooperativas agrícolas y a sus familias. «Somoza dijo a sus oficiales: el embajador norteamericano Arturo Bliss Lane me aseguró que el gobierno de Washington apoya y recomienda la eliminación de Augusto César Sandino». En 1936, Somoza asumió el poder y control completo del país mediante un golpe de Estado contra el presidente Juan Bautista Sacasa.¹²

Según otras fuentes, a pesar de las repetidas peticiones del embajador Lane a los EE.UU., Washington rehusó hacer públicas las declaraciones que disuaden a Somoza de socavar el régimen de Sacasa:

Se filtró una noticia de que Lane había ordenado el asesinato de Sandino [pero que] “lo había hecho en contubernio con oficiales de los EE.UU. [...] Somoza cultivaba su propia imagen como hombre de Washington y el pétreo silencio del Departamento de Estado orilló a los nicaragüenses a creer que dicha imagen era verdadera. Mientras que Sacasa era aún presidente, su esposa informó a Lane que su marido iba a pedirle a Somoza que renunciara como jefe de la Guardia Nacional y que si rehusaba, aviones de El Salvador y Honduras bombardearían sus cuarteles. El Departamento de Estado intervino rápidamente para impedir la realización del plan presidencial”¹³.

El 29 de diciembre de 1940, en su discurso para finalmente anunciar el apoyo con armamento para los aliados, Franklin D. Roosevelt afirmó: «La Doctrina Monroe fue elaborada por nuestro gobierno como medida de defensa en la hipótesis de que una

alianza en Europa Continental amenazara este continente [...].
Tenemos que ser el gran arsenal de la democracia», concluyó.¹⁴

-
- ¹ Taft, William Howard: en Brett Bowden, *The Empire of Civilization: The Evolution of an Imperial Idea*. Chicago: University of Chicago Press, 2009, 154.
- ² Chomsky, Noam: *Hegemony or Survival: America's Quest for Global Dominance*, NY: Metropolitan Books, 2003, 64-68.
- ³ Roosevelt, Franklin D.: «The Great Arsenal of Democracy», *American Rhetoric*, (diciembre 29) 1940 [en línea]
<<http://americanrhetoric.com/speeches/PDFFiles/FDR%20-%20Arsenal%20of%20Democracy.pdf>>.
- ⁴ O'Sullivan, John L.: «The Great Nation of Futurity», *The United States Democratic Review* (noviembre 6, 23), 1839, 427.
- ⁵ —: «Annexation», *United States Magazine and Democratic Review*, (julio 17, agosto 1) 1845, 5-6.
- ⁶ Roosevelt, Theodore: «State of the Union Message», (diciembre 6) 1904, [en línea] <<http://www.theodore-roosevelt.com/images/research/speeches/sotu4.pdf>>.
- ⁷ Taft: *Op. cit.*, 154.
- ⁸ Chomsky: *Op. cit.*, 70.
- ⁹ Wilson, Woodrow: «Address to a Joint Session of Congress Requesting a Declaration of War Against Germany», The American Presidency Project, (abril 2) 1917, [en línea]
<<http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=65366#axzz1d4TSqcw3>>.
- ¹⁰ Wilson, Woodrow: «8th Annual Message», The American Presidency Project, (diciembre 7) 1920, [en línea]
<<http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29561#axzz1d4TSqcw3>>.
- ¹¹ Roosevelt, Franklin D.: «Inaugural Address», The American Presidency Project, (marzo 4) 1933, [en línea]
<<http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14473#axzz1YmDbAj5O>>.
- ¹² Cockcroft, James D.: *Latin America: History, Politics, and U.S. Policy*. (2ª Ed.) Chicago: Nelson-Hall Publishers, 1996, 207.
- ¹³ Bulmer-Thomas, Victor: «Nicaragua Since 1930», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America, VII, 1930 to the Present*, NY: Cambridge University Press, 1996, 332-333.
- ¹⁴ Roosevelt: *Op. cit.*, 1940.